

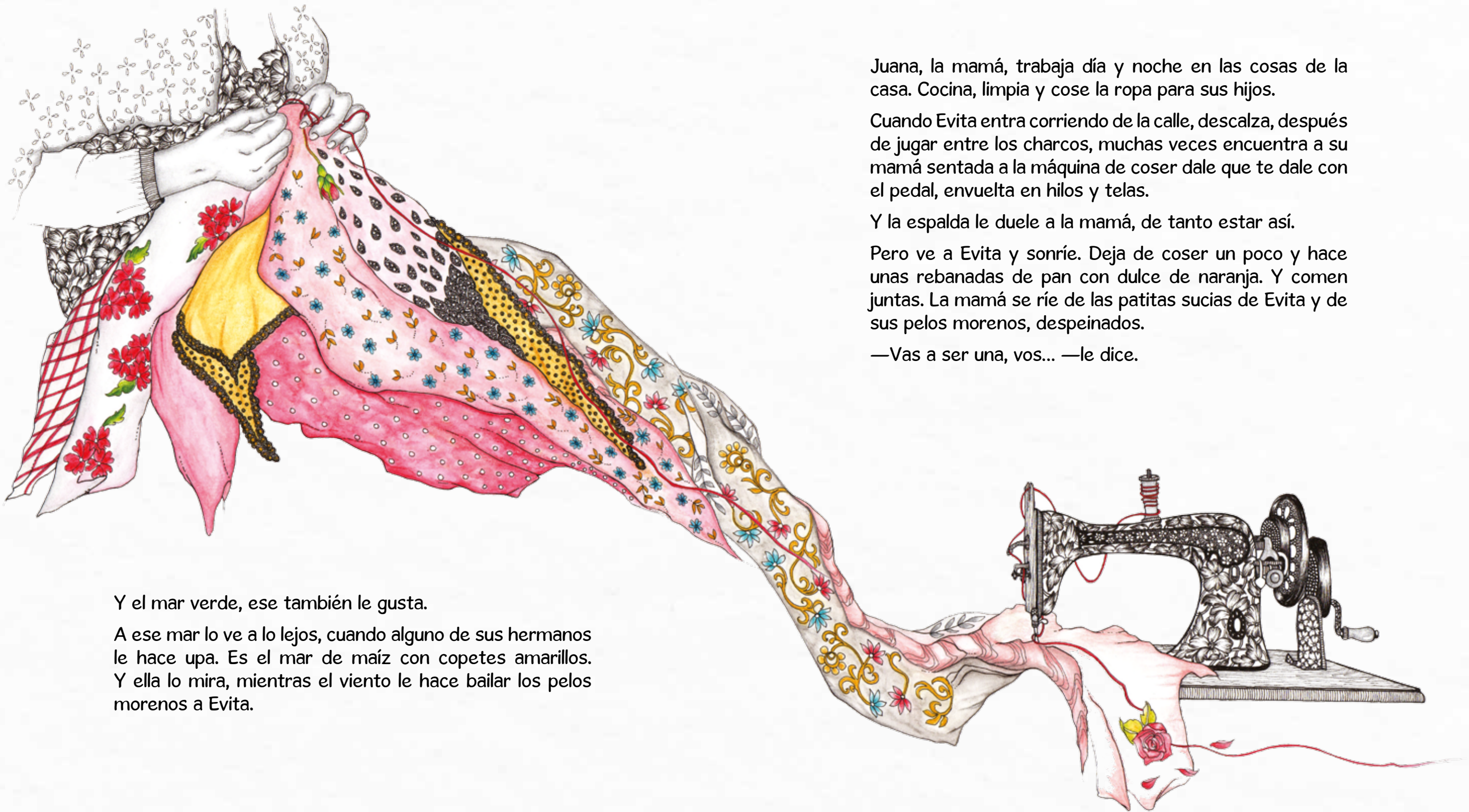
Raquel Olguín

EVITA

Ilustraciones de Alejandra Lagos



Muestra distribuida por la editorial



Juana, la mamá, trabaja día y noche en las cosas de la casa. Cocina, limpia y cose la ropa para sus hijos.

Cuando Evita entra corriendo de la calle, descalza, después de jugar entre los charcos, muchas veces encuentra a su mamá sentada a la máquina de coser dale que te dale con el pedal, envuelta en hilos y telas.

Y la espalda le duele a la mamá, de tanto estar así.

Pero ve a Evita y sonríe. Deja de coser un poco y hace unas rebanadas de pan con dulce de naranja. Y comen juntas. La mamá se ríe de las patitas sucias de Evita y de sus pelos morenos, despeinados.

—Vas a ser una, vos... —le dice.

Y el mar verde, ese también le gusta.

A ese mar lo ve a lo lejos, cuando alguno de sus hermanos le hace upa. Es el mar de maíz con copetes amarillos. Y ella lo mira, mientras el viento le hace bailar los pelos morenos a Evita.

Evita quería que nadie tuviera un sabor amargo en la boca, por eso luchó para que hubiera menos pobres. Esa fue la caja de tesoros que la esperaba y que ella abrió para los demás.

Se levantaba tempranísimo cada día y se acostaba muy, muy tarde, ocupándose de todos los que necesitaban ayuda. Trabajaba encendida, sin descanso, para resolver sus problemas, ¡y lo lograba!, porque Evita era como un árbol que daba flores todos los días.

Cuando iba a los barrios y veía a los chicos descalzos caminando en los charcos de sus calles de tierra, supo que había llegado el momento de que ese charco se agrandara infinitamente.

Entonces los llevó al mar.

Los ojos marrones de Evita brillaban el día que les dijo a las mujeres:

—Vamos a poder votar, igual que los hombres.

